

Gloria Vergara, Isabel Contreras y Herón Pérez Martínez (coord.). *Identidades de la tradición oral en México*. Guadalajara / Colima: Ave Editorial / Universidad de Colima, 2012; 168 pp.

Un pueblo forma su identidad por medio de una conjunción aceptada y compartida de percepciones sobre el mundo. Sin embargo, mantenerla y transmitirla satisfactoriamente a las próximas generaciones requiere de un medio accesible y conocido por todos sus miembros, y esto es posible gracias a otro elemento característico y común entre los pobladores de la localidad quienes también se sienten identificados con él: su lengua.

La oralidad, pues, se convierte en un transmisor de conocimiento, creencias, pensamientos y sentimientos que encuentran en sus emisores distintas formas de ser expresados: por medio de un relato sencillo contado a una o más personas sin grandes elaboraciones retóricas o por un conjunto de representaciones que se acercan a lo teatral y que encuentran así una manera de transmitir significados; a través de una pequeña oración con alto contenido sapiencial y didáctico que crece y se configura, junto con otras, en un conjunto de frases hilvanadas con ritmo, rima y otras licencias poéticas acompañado, a veces, de instrumentos musicales. Y en cada una de estas expresiones encontramos incluso versiones de una misma historia, de un conocimiento popular transmitido durante generaciones, de un sentimiento que se ha cantado de mil maneras y todas, aun siendo iguales en sustancia, se muestran ante nosotros con rostros distintos y máscaras únicas: identidades que se conjuntan para crear el gran rostro con el que un pueblo se revela ante el mundo como un ente vivo e irrepetible.

Y es el rostro del pueblo mexicano el que la Red Mexicana de Estudios de Oralidad busca ayudarnos a comprender a través de *Identidades de la tradición oral en México*, el primer producto impreso que difunde los acercamientos multidisciplinarios de doce especialistas en el tema, cuyos textos se desarrollan alrededor de cuatro ejes: la necesidad del estudio de la tradición oral; la importancia de la oralidad como modo de transmisión de la memoria

colectiva y como mecanismo de preservación de la identidad de un pueblo; la función de estas construcciones identitarias en el fomento y en el mantenimiento de los roles sociales establecidos en una comunidad; y la tradición oral vista como una herramienta inculcadora de dogmas que los grupos humanos han preservado y reconfigurado durante generaciones. A continuación, dedicaré unas cuantas líneas sobre cada uno de los artículos de este libro.

En el primer texto, “Tradiciones de la narrativa oral en México”, Herón Pérez Martínez da una explicación sucinta sobre la función de la oralidad en la transmisión de los saberes entre los miembros de una comunidad, principalmente en aquellas que no cuentan con una lengua escrita que preserve su conocimiento adquirido durante generaciones. Por medio de esta explicación, el autor se encarga de introducir conceptos básicos alrededor de los cuales se desarrollarán los artículos subsecuentes; habla sobre los que, a su consideración, fueron los primeros estudios sobre la relación entre el folclor y la oralidad en México y, para que el lector entienda cómo es que la transmisión de saberes opera por medio de construcciones con formas literarias, explica un par de ejemplos: los mitos — vistos como constructores de dogmas que responden a las preguntas más inquietantes para los seres humanos, que rigen su vida y la encauzan por una vía pacífica y considerada correcta — y las canciones, intrínsecamente relacionados con los poemas, pues ambos nacen y se extienden por medio de la voz de los trovadores que los entonan en los diversos rincones del mundo.

Posteriormente, en “Identidad e inconsciente colectivo en la tradición oral”, Juan Merlos se encarga de hablar sobre la función de los relatos en la conformación de un pueblo: cómo es que una historia es adoptada para seguir educando a las generaciones posteriores, cómo es que estas mismas construcciones narrativas tienden a introducir valores y a inculcarlos entre quienes forman parte de la población que las acoge y que las conoce, o cómo es que son aceptadas como explicaciones incuestionables que se transforman luego en un sistema de creencias sólido. Estos discursos, además de sentar las bases de una identidad que puede distinguir y hasta separar a una comunidad de otras, también

tienen la capacidad de traspasar fronteras para ser apropiados y transmitidos en otros sitios. Los relatos transculturales, vistos por Merlos desde la perspectiva junguiana, forman parte de la tradición oral en México desde el encuentro entre conquistadores e indígenas, en donde la cristianización fungió un papel muy importante en la actualización de algunas costumbres prehispánicas, en la desaparición de otras y en la adopción de varias más que aún forman parte de nuestra cultura.

Luego de exponer algunos conceptos básicos sobre la tradición oral y su forma de operación en la memoria colectiva, un par de textos más analizan las canciones populares para demostrar cómo influyen en el inconsciente colectivo. El primero, de Isabel Contreras, toma como objeto de estudio las letras de *Chava* Flores para demostrar que la experiencia de quien las escucha es un factor indispensable para entenderlas: el conocimiento de los temas tratados permite que los individuos de una comunidad reconozcan creencias, situaciones u objetos y decidan aceptar o rechazar las anécdotas explicadas por el compositor, y esto da pie a una postura que implica aceptar o descartar lo contado, lo cual abre paso a una actualización y a un enriquecimiento de referentes a través de la evocación de sucesos previos vividos en las circunstancias aludidas. El segundo, de Paloma Jiménez, considera las canciones populares como elementos literarios que narran historias y acontecimientos que presencian, afectan o viven las personas, y que cuentan con los rasgos de los cuentos populares por donde son transmitidos usos y costumbres de padres a hijos.

Pero la tradición oral no sólo se encarga de preservar la memoria de una comunidad, de transmitir sus conocimientos o de respaldar un sistema de creencias; también puede fomentar un conjunto de valores al que los integrantes de un pueblo deben apegarse, y esto se ve demostrado en tres artículos más que toman como principio la percepción de la mujer en la cultura mexicana a través de sus géneros musicales. En “Las *indias* en la lírica mestiza michoacana”, Raúl González analiza las canciones pertenecientes al género de la *india*, en donde se resaltan las características físicas y el carácter estereotipados de las mujeres de la región. Por otra

parte, en el estudio intitulado “La mujer representada en el corrido mexicano”, las autoras demuestran que las mujeres son tratadas en dichas canciones como sombras del hombre, como transgresoras que ocupan un rol violento o que desprecian a los varones y que, por ello, terminan mal en la mayoría de los casos. Por último, en “Las imágenes de la mujer en el bolero”, Evangelina Tapia hace un recorrido temático por los distintos tipos de bolero para explicar que, en este género, las mujeres pueden ser vistas como buenas o malas de acuerdo con sus valores y con su aceptación o rechazo a los esfuerzos de los hombres por conquistarlas.

Finalmente, el libro incluye tres artículos más que se enfocan en tradiciones que han cambiado con el paso del tiempo y que se han actualizado para seguir transmitiéndose. Estos últimos textos demuestran que las tradiciones, además de preservar el conocimiento y los dogmas antiguos, se enriquecen y se adaptan a las necesidades que tienen las comunidades en nuestra época para adquirir nuevos significados, nuevas prácticas y perspectivas, nuevos mecanismos para ser evocadas y, por lo tanto, nuevas alternativas para seguir vigentes.

Primero, “El jardín de los Mártires de Toluca: hacia una refiguración de la tradición oral”, trata sobre la necesidad de incluir entre los estudios de las tradiciones orales aquellos que surgen o que se preservan en sociedades de oralidad secundaria; esto es, grupos que cuentan con soportes escritos para transmitir sus saberes. En el texto, Flor Moreno presenta el caso de la Plaza de los Mártires de Toluca, un lugar público cuya importancia histórica está asentada en los libros; mas su significado dentro de la localidad no se limita a los sucesos que se narran en los documentos oficiales; también se nutre de las imágenes, de los recuerdos, de las experiencias personales, de los acontecimientos ocurridos en ese lugar y que forman parte de las narraciones de sus testigos, quienes por medio de sus anécdotas logran constituir una historia más, un complemento quizá no oficializado, pero sí fundamental para comprender que la memoria colectiva se forma de fragmentos, de perspectivas, de hechos que se constatan por medio del recuerdo, y que se ven actualizados a través de las

comparaciones entre un pasado que se conoció y un presente que se aprecia con nostalgia simbólica y que se transmite para que su valor sea conservado.

Pero no sólo se trata de narrar con la palabra. Hay casos — como el del ritual de la Virgen de los Dolores que expone Gerardo Gómez-Farías — que adquieren significado a través de un conjunto de actos que se reafirman cada vez que se presentan ante la comunidad, que maravillan por su complejidad y que encuentran nuevos significados cuando son experimentados e interpretados. Y es que la historia de la literatura nos ha demostrado que existen discursos que se valen del cuerpo y del escenario para complementarse o para transmitir emociones, pues también se ha insistido en muchas ocasiones que el verbo no basta, que la representación se vuelve simbólica y que dice lo que la palabra calla. Entonces el ritual se convierte en un mecanismo por medio de cual el ser humano comprende y recuerda, en una narrativa compleja entendida a través de su representación que se impregna del presente y que se adapta para transmitir nuevos sentidos para asegurar su supervivencia dentro de la comunidad que lo practica. El relevo anual de la mayordomía, de acuerdo con el texto de Gómez-Farías, se configura como una fiesta, como una suma de sensaciones que se acumulan en la tradición del pueblo en donde surge y que se convierte, pues, en parte de su identidad cultural y en un privilegio para sus habitantes.

Otra forma de actualizar la tradición consiste en analizarla y localizar sus referentes en un contexto específico y actual para interpretarla, y esto es lo que ocurre, de acuerdo con Marcos Núñez, con los mitos mayas del fin del mundo: los habitantes del municipio chiapaneco Felipe Carrillo Puerto que conocen estas narraciones encuentran en ellas elementos que, al compararlos con su situación social vigente, demuestran su veracidad. Esto, a su vez, provoca que los creyentes de la palabra del *Testamento* — como le llaman al libro en donde están escritas las bases de su religión, que menciona las señales del fin del mundo y que, además, es una muestra del contacto entre las creencias prehispánicas y las colonizadoras — señalen a quienes no siguen sus preceptos

como transgresores de las normas de Dios y los acusen de atentar contra la naturaleza que los ha protegido desde el origen de los tiempos. De esta manera, los testimonios sobre la recepción de las profecías mayas se pueden apreciar como ejercicios de interpretación que se ven respaldados por la percepción de los acontecimientos históricos y de los cambios que se viven en el contexto inmediato, y estas narraciones hablan mucho de las preocupaciones de las sociedades que comparten una ideología.

Como el lector puede notar en las líneas destacadas de este libro, acercarse al conocimiento de los pueblos implica tener contacto con nuevos referentes e ideas que se muestran ante nosotros como elementos que se han resguardado por años —si no por siglos— dentro de los distintos círculos que constituyen a la sociedad mexicana. A través de la apreciación de las tradiciones —tanto las que practicamos y conservamos como las que pertenecen a otras comunidades— podemos reflexionar también sobre las sociedades del mundo que se muestran ante nosotros como territorios desconocidos, como grupos a los que no pertenecemos y que, por ello, son capaces de asombrarnos. Por medio de ellas, además, nos vemos en la necesidad de repensarnos, de reflexionar en nuestras similitudes y diferencias, de reconfigurar nuestra percepción de su entorno y del nuestro desde todos los ejes temporales, espaciales y cognitivos que conocemos de antemano.

El estudio de la tradición oral, además de mostrarnos cómo operan los recursos literarios en las diversas expresiones populares, nos otorga herramientas para seguir reflexionando sobre nuestro papel dentro de un contexto social, sobre el origen de nuestra ideología y sobre su vigencia. Las literaturas populares, debido a su transmisión constante y a su actualización de significados a través del tiempo, se han convertido en un rasgo compartido entre quienes nacen, crecen y viven en el lugar que las ha creado o adoptado. La Red Mexicana de Estudios de Oralidad nos invita, por medio de estas líneas, a acercarnos a ellas con mirada crítica, en busca de nuevas aproximaciones al siempre intrigante tema de la identidad.